

# 1

## El mundo de la cultura

### Marx según Sofía

Mi hijo Mateo me prestó su ejemplar del célebre volumen de filosofía novelada: *El mundo de Sofía*, de Jostein Gaarder, y me recomendó que leyera el capítulo sobre Marx, que le había parecido insatisfactorio. Lo hice, y no sólo coincidí con él, sino que me desanimó a seguir con el resto del libro. ¿Exagerado? Puede ser, pero quien desbarra de esa manera en un capítulo no proporciona garantía suficiente de que no lo haga en el resto.

No hay tópico que el capítulo eluda, empezando por la caricatura del rico egoísta y la pobre revolucionaria cuya violencia está justificada por la riqueza ajena. Repite sin comentario alguno el embuste marxista conforme al cual el capitalismo es malo porque enajena al trabajador, como si antes del capitalismo el trabajo no hubiera sido nunca alienante y explotado, como si en el socialismo el trabajo fuera una liberación. Sigue la distorsión habitual de los intelectuales que identifican proletariado con esclavitud, y se obsesiona con el siglo XIX: «el obrero tenía fácilmente una jornada laboral de doce horas [...] condiciones sociales indescriptibles [...] al obrero se lo convertía en un animal» mientras que «los hijos de la burguesía podían tocar el violín» (pág. 487).

No hay ninguna mención a cómo eran las jornadas laborales antes, cómo eran las condiciones sociales y el trato a los trabajadores, con lo que da

la impresión de que todo eso empeoró significativamente durante el siglo XIX por culpa del capitalismo, cuando en realidad fue al revés.

Afirma que Marx acertó en sus predicciones lúgubres sobre el capitalismo, por ejemplo, que los salarios iban a bajar. En cambio, el socialismo es una gran bendición: «el socialismo ha logrado combatir, en gran medida, una sociedad inhumana [...]. En Europa vivimos en una sociedad más justa y más solidaria [...] esto se debe en gran parte al propio Marx y a todo el movimiento socialista». Llega a decir que tanto el comunismo como el socialismo democrático «cada uno desde su lado, han combatido la miseria y la represión» (pág. 491).

En todo esto hay tópicos pero también algo más. Hay, sencillamente, clamorosas falsedades. El prejuicio de que la pobreza es debida al capitalismo continúa hasta hoy, a buen ritmo, y a pesar de que ninguna prueba lo avala: cuanto más capitalistas son los países, más elevados son los salarios de los trabajadores. Creer que Europa es particularmente justa y solidaria es creer que más impuestos y más paro equivalen a la justicia y la solidaridad. Creer que comunismo y socialismo combaten la miseria y la represión es creer que quienes las han fomentado las han combatido.

Como hay límites para todo, este famoso superventas reconoce que en la URSS hubo represión, pero se apresura a añadir que el comunismo fue una mezcla de cosas buenas y malas —cuestionable, benévola y justificadora combinación que no se aplica al capitalismo.

No hay camelo más extendido que la idea de que como hay pobres, hay socialismo. Lo cierto parece ser lo contrario.

## Los grandes del coro

A propósito de la bonita película *Los chicos del coro* recordé dos tonterías del coro del pensamiento único.

Una de ellas tiene que ver con el liberal Instituto Cato, del que la prensa correcta dijo muy seria: «es uno de los *think tanks* más cercanos a los neo-conservadores que hoy brillan en el equipo de George W. Bush y que han teorizado las páginas más negras de la intervención en Iraq, la guerra preventiva y el concepto de Estados Unidos como imperio». Como si no bastaran sus simplezas de concentrar todos los males en el capitalismo y los

países que lo representan, el pensamiento único se envalentona y desbarra del modo más descarado. El Cato Institute se opuso a la guerra de Iraq y denunció los peligros de un nuevo imperialismo con argumentos liberales: véanse los trabajos de Ivan Eland en [www.cato.org](http://www.cato.org), y nótese que esto no fue desconocido en España («Pacifismo y liberalismo», incluido en el primer volumen de *Panfletos liberales*, LID Editorial Empresarial, 2005).

La segunda tontería, o más bien ramillete de desatinos, aparece en una entrevista que Octavi Martí le hizo en *El País* a Constantin Costa-Gavras, el director en cuyas películas políticas de los años setenta trabajó, precisamente, Jacques Perrin, el actor y productor de *Los chicos del coro*.

Se comprende que Costa-Gavras sea un ídolo del progresismo, porque repite sus topicazos como, por ejemplo: «vivimos un capitalismo gangsteril, en el que las relaciones laborales parecen regirse por la ley de la jungla».

En la película que motiva la entrevista, *La cuchilla*, un químico en paro decide matar a sus competidores, para que la competencia no deprima el salario. Ante un argumento tan absurdo, Martí se pone filosófico-progre: «se diría que si la guerra es la continuación de la política por otros medios, el crimen es la continuación de la lucha social».

Pero el crimen no tiene que ver con lo social, sino con lo individual. En caso contrario, como suele decir José María Calleja, en vez de condenar y combatir el terrorismo, aludiremos siempre a problemas sociales y a la infancia dura de unos miserables que asesinan niñas y que desde Pol Pot hasta Bin Laden, pasando por el *Che* Guevara, los Montoneros y el grueso de los criminales de ETA, nunca tuvieron una infancia dura, y siempre matan escudados en teorías colectivistas disparatadas.

Los terroristas parten de la doctrina políticamente correcta que presenta Martí: existe una justificación social para el delito, es decir, no hay responsabilidades individuales. Esto se ve claramente en el galardonado panfleto progresista *Los lunes al sol*, que critiqué en su día («Otra visión de *Los lunes al sol*», *ibídem*), donde hay delincuentes presentados como personas honradas que se limitan a reaccionar mecánicamente ante las agresiones de la sociedad y son, por tanto, fundamentalmente inocentes. Y así son los chicos y grandes del coro: todos cantan lo mismo y ninguno tiene la culpa de nada.

## El azote según

Aunque la asimetría que me propongo fustigar se registró en casi todos los medios de comunicación, quizá en ninguno fue tan acentuada como en el diario *El País*, que tituló: «Muere Augusto Roa Bastos, azote del poder».

El periódico le concedió cuatro páginas completas, en dos días consecutivos, siempre en esa línea. Destacó la oposición de Roa Bastos a la «larga y oprobiosa dictadura» de Stroessner, y apuntó: «su visión de la realidad y su maestría narrativa conformaron una de las más bellas y demoledoras respuestas al totalitarismo». Tomás Eloy Martínez elogió al gran escritor paraguayo hablando de «las dobleces del poder». El director del Instituto Cervantes, César Antonio Molina, dijo que «su literatura sacó del mutismo y la inmovilidad a una región sumida en el olvido y acallada durante años por una de las más feroces dictaduras». La única conclusión posible, pues, es que Augusto Roa Bastos escribió libros comprometidos y fue siempre beligerante contra los poderosos.

¿Estamos ante un liberal impecable que respalda siempre a los ciudadanos contra la coacción de las autoridades, ante un nuevo Mises, Hayek o Popper, que se atrevieron a oponerse a todas las tiranías y atacaron tanto al fascismo como al comunismo, ante un nuevo Burke, que sentenció *force is evil*?

Por desgracia, no es así, y reveladoramente, porque no es ningún secreto que no es así. Augusto Roa Bastos fue un firme defensor de la dictadura cubana hasta el fin de sus días. Ni siquiera en 2003, cuando incluso personas como José Saramago empezaron a sospechar que quizá hay un problemita con los derechos humanos en la isla caribeña, ni siquiera entonces Roa Bastos lo reconoció. Ese mismo año sostuvo que Fidel Castro «es un ejemplo de coherencia revolucionaria», y que su Gobierno es ejemplar en su lucha por los valores humanos.

Cuatro páginas enteras, y los lectores de *El País* no pudieron enterarse de esto, no supieron que el excelente escritor paraguayo no fue jamás un azote del poder, sino un azote según qué poder. El poder socialista no fue para él totalitario, careció de dobleces y no cabe definir la de Castro como una dictadura feroz, larga y oprobiosa.

Se trata, por tanto, de una nueva muestra de la habitual asimetría que padece el pensamiento único y que refulge en el caso de intelectuales, artistas y periodistas. Aplaudieron entusiastas a Stalin, a Mao, y a todos los genocidas de izquierdas. Creen que el *Che* Guevara, que conminó a sus seguidores para que fueran «frías e implacables máquinas de matar», fue un santo idealista. El poder malo para los progresistas es sólo el poder asociado al capitalismo y a los países que más o menos se cree que lo representan o que están en contra del comunismo: ahí sí que despliegan ímpetus liberales, ahí sí que hablan de derechos humanos, totalitarismo, dictadura, violencia, terrorismo, represión y exilio. Y, por supuesto, de memoria. En los demás casos ni condenan ni recuerdan. Y no azotan nada, claro que no.

## Economía dibujada

Tres dibujantes me han brindado lecciones económicas.

Un personaje de Romeu alude a la «desbandada de multinacionales», a lo que otro responde: «¿tú sabes a cuánto está el kilo de obrero en el Tercer Mundo?». Si esto fuera cierto no habría ninguna multinacional en Francia, porque habrían huido todas a Burundi. Como está repleto de multinacionales en Francia y casi no hay en Burundi, resulta evidente que el kilo de obrero no es la clave de la deslocalización. Más importante es la productividad y el conjunto de los costes, salariales y no salariales: eso es lo que explica que algunas multinacionales se vayan de los países, mientras que otras llegan.

Otra joya de Romeu: «el agua ¿es un derecho o una mercancía?», y responde uno de los personajes: «depende de si la necesitas o la tienes». En sólo una línea condensa el totalitarismo. Lo que necesitamos nos lo deben dar, porque es un derecho. En cambio lo que poseemos nos lo pueden quitar, porque es una mercancía, y por tanto no es un derecho. Notable.

Proclamó uno de los entrañables monigotes de Forges: «a este paso va a haber que enviar una sonda espacial al núcleo duro de la globalización, para ver si quedan residuos de compasión». Se trata de una antigua falacia que asocia la libertad con el egoísmo y la insensibilidad, y la coacción con la calidez compasiva. Es fácil deducir lo cómodo que le resulta todo esto al poder, que lo emplea convenientemente como excusa coactiva: nos recorta la libertad, sí, pero es porque nos quiere.

Dos joyas de Máximo. Su Dios lee el «*God*» *Street Journal* y comenta: «un día dije: “hágase el dinero”. Y ahí cometí mi error principal». No hay nada más antiguo y más disparatado que el odio al dinero, contra el que ya despotricó Virgilio con su *auri sacra fames*, la maldita hambre del oro. Sin embargo, basta una ligera reflexión para comprobar la extraordinaria utilidad del dinero, y para comprender que lo malo es que sea un monopolio manejado por políticos y burócratas. Pero si mañana desapareciese, si mañana debiéramos efectuar todas las transacciones mediante el trueque, la mayoría del planeta perecería de hambre y sed.

En la otra joya divina la frase es: «uno de los problemas teológicos que he dejado sin resolver es: ¿por qué hay pobres?».

Esto es una tontería. Nada es más fácil que explicar por qué hay pobres, siendo la miseria generalizada la compañera de toda la historia de toda la humanidad salvo los dos últimos siglos. El problema de verdad es otro: ¿por qué hay ricos? Y eso nos llevaría a la propiedad privada y el comercio, cosas apreciables que casi nadie dibuja con aprecio.

## Federico Luppi y otros intelectuales

No soy aduanero ni expido certificados. Por ejemplo, cuando alguien proclama que es liberal, jamás dispueto la etiqueta, y en cambio felicito así: «¡excelente noticia! Ahora, dígame, ¿qué piensa usted de la libertad?». Algo parecido me sucede con los intelectuales. En vez de cuestionar sus méritos, lo que me interesa es ver cómo piensan. Comprenderá usted que me atrajo la noticia en *El País* sobre una reunión de personas que, a propósito del terrorismo, protestaban contra el PP. El diario, sin subrayar esta paradoja, tituló: «Se sumaron al acto unos 100 intelectuales en una sala que se quedó pequeña». Cien, oiga, ¡cien intelectuales!

Se destacó el afamado actor argentino Federico Luppi con pensamientos tales como: «tenemos la derecha más ultramontana, cerril, casi gótica, y es nuestra obligación crear un cordón sanitario como defensa [...] una derecha venenosa y terrible [...] la oposición no existe, eso es puro obscuracionismo». Con clara admiración, M. J. Díaz de Tuesta, que firmaba el artículo, escribió que el actor «tenía el rostro enrojecido de ira», y que después de sus palabras «todas las manos estallaron en aplausos».

Ese fue el tono de los cien intelectuales. Pero las ideas de Luppi son notables, porque, independientemente de si nos gusta la derecha o no, es una osadía definir al PP como un partido extremista. Y es revelador que mi compatriota haya utilizado, entre los vótores intelectuales generalizados, un lenguaje que invitaba a la exclusión de millones de personas, y del principal y casi único partido opositor, con una excusa cuestionable a ojos vista. Si se revisa la retórica de cualquier movimiento totalitario de la historia, se comprobará que siempre sigue cánones similares.

¿Qué dirá Luppi de los señores como Otegi, que cuando ETA asesina no es capaz de condenarlo? Si los intelectuales no creen que resulte obligatorio establecer cordones sanitarios en torno a individuos con tamaño patología ética, y en cambio sí contra Mariano Rajoy y sus seguidores, aquí hay algo que no encaja.

Ante el desconcierto, el diccionario. En nuestra lengua la palabra intelectual remite a la inteligencia y al cultivo de las ciencias y las artes. En ninguna parte ningún diccionario dice que para ser intelectual haya que ser de izquierdas. Pero si usted es de izquierdas, ya podrá enrojecer de ira y tratar a sus opositores comoapestados. Integrará usted, por lo que se ve, el selecto grupo de los intelectuales.

## Tres progresistas

En mi Buenos Aires querido, la directora de la Biblioteca Nacional, Rosa Regás, dijo que en España impera «el odio» y que los hombres ven a las mujeres «sólo como madres, esposas, prostitutas, sirvientas o hijas, no como iguales». Desconcertante declaración, porque parece que es malo ver a la mujer como esposa, hija o madre. Pero la cosa empeoró, con las dos facetas habituales del totalitarismo: el narcicismo y la paranoia.

Doña Rosa cree que los suyos son buenos y que los otros son malos. Y por eso le negó paladinamente al PP la condición de partido democrático, y con un escalofrío musitó que si ganara Rajoy las elecciones: «no quiero pensar lo que podría pasar». Escuchando a esta ilustre intelectual uno se pregunta en qué mundo reside; afirmó que es una «perseguida» y remató: «he sufrido toda mi vida a la extrema derecha». Oiga, qué manera de sufrir.

Y qué manera de estar encantado de haberse conocido la de Paco Ibáñez, que aseguró a una entregada Rosa Mora en *El País*: «me gusta ser un atizador de conciencias». ¡Atiza, don Paco!

¡Qué buenos son los cantautores! Los demás somos, ya se sabe, imbéciles. Proclamó el gran artista: «si dejas sola a la gente tiene tendencia a dormirse, a anquilosarse». Los jóvenes no le hacen demasiado caso a este abnegado atizador de conciencias, pero la explicación es evidente: «muchos de ellos están anglosajonizados, *macdonalizados*. El inglés es la lengua de Shakespeare, pero la cultura que nos llega es imperialista y castradora, se te mete en casa, te roba tu identidad».

Habla emocionado de Alberti y Neruda, dos admiradores de Stalin y del comunismo, pero don Paco no tiene ni un recuerdo para las decenas de millones de trabajadores asesinados por los comunistas. Para él, es necesario enterrar en el mar a (vamos, ¿no lo adivina?) ¡Aznar!

Nosotros no nos hemos enterado de nada, pero por suerte está este pensador con ideas tan profundas como ésta: «la derecha intenta que cierres los ojos; la izquierda, que los abras; la extrema derecha es asesina y con ella no hay que tener piedad».

Que no se diga que los disparates totalitarios son monopolio del progresismo español. Doña Gudrun Schyman, del partido Iniciativa Feminista, explica así el paraíso sueco: «en casi todos los países, la mujer depende de un hombre. Aquí depende del Estado, y eso la hace más libre».

## Gelman y unas líneas

La concesión del premio Cervantes al poeta Juan Gelman ha suscitado comentarios favorables, pero no sólo por su calidad literaria, sino porque es, como tituló *El País*, «el triunfo de un escritor comprometido». Todos recordaron el drama del asesinato de su hijo y su nuera a manos de la cruel dictadura argentina, y la búsqueda y final encuentro con su nieta desaparecida. «Huérfano universal», lo llamó emocionado, con razón, Juan Cruz. Pero el periódico añadió unas líneas sobre Gelman: «se le mezclaron desde muy pronto la pasión por las palabras con la rabia por las injusticias. A finales de los sesenta se incorporó a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), una organización guevarista, para luchar contra

las dictaduras de Lanusse y Onganía». Guevarista le da un tono valiente y justiciero. Luchar contra dictaduras parece inobjetable.

Las FAR fueron una banda terrorista. A mediados de setenta tomaron la localidad bonaerense de Garín, matando a un policía y a una mujer. Tres años después las FAR se fusionaron con los Montoneros, y juntos perpetraron cientos de asesinatos, de hombres, mujeres y niños. No recuerdo que Gelman se haya destacado por condenar sistemáticamente estos hechos. Seguro que usted tampoco lo recuerda, porque no lo recuerda nadie. Todo el mundo conoce los horrores de los militares, pero nadie dice ni una palabra de lo que pasó antes del golpe, cuando Juan Gelman estaba comprometido con unos sanguinarios que sembraron mi tierra natal de cadáveres. De eso no se habla porque, como titula su libro el periodista Juan B. Yofre, *Nadie fue* (Buenos Aires, Sudamericana, 2006).

También en España hubo una dictadura, y también aquí hubo y hay terroristas. Pero nadie bien nacido deja de reprobar los crímenes de ETA, ni los actuales ni los cometidos durante el franquismo. Si todos los terrorismos merecen condena, y la merecen, y todas las víctimas merecen respeto, y lo merecen, ¿por qué tratamos a unos terroristas severamente aquí y no a otros fuera de aquí? ¿Por qué vigilamos la memoria de las víctimas del terrorismo aquí y no en la Argentina? ¿Es que sólo Gelman perdió a sus seres queridos por culpa de unos desalmados? ¿Por qué todos vamos a recordar a Fernando Trapero y Raúl Centeno, y a los demás asesinados por ETA, en dictadura y democracia, y nadie a las víctimas de los terroristas con los que estaba comprometido Gelman en su supuestamente progresista rabia por las injusticias?

## A Smiley le gusta Borges

Una de las sorpresas que me llevé cuando llegué a España hace más de treinta años fue la afición de la izquierda por Jorge Luis Borges. «Todos somos borgianos», me dijo a comienzos de los ochenta Ernest Lluch. Esa constatación ha continuado. En su última conversación con Julia Otero en Onda Cero, Smiley declaró su predilección por Borges, y añadió que también Obama admira al escritor argentino. ¿Qué les pasa a los progresistas con Borges? Dirá usted: no les pasa nada, porque a Borges, con razón, lo aprecia gente de toda propensión ideológica. Es verdad, pero no deja de ser llamativo que la devoción que le profesan

los izquierdistas esté tan extendida, situándose Borges en las antípodas del progresismo.

El profesor Martín Krause, de la escuela de negocios porteña ESEADE, que ha trabajado el pensamiento político de Borges, me apunta que se acerca más al liberalismo que a otra cosa; se decía anarquista pero no aborrecía toda norma, aunque sí creía que el Estado era el problema de nuestro tiempo. Sus ideas, empero, no aparecen claras en la ficción o la poesía, y no demasiado en la prosa: sólo son patentes en algunos diálogos, porque los periodistas a menudo le preguntaban sobre temas políticos y de actualidad. Se declaró spenceriano, pero esto es menos nítido de lo que parece porque Herbert Spencer unió a sus incuestionables postulados liberales una inquina contra la propiedad privada de la tierra, error por otra parte típico del liberalismo decimonónico. Sobre esto añade Krause que a la izquierda le gustará más la literatura fantástica de Borges, porque en sus páginas históricas, ensayísticas o gauchescas hay vetas más conservadoras. Todo esto es muy interesante y está lejos de mí la pretensión de zanjarlo aquí, pero tengo una conjetura. Borges era un hombre de principios, y si creía que había que apoyar a Pinochet a cambio de perder el premio Nobel lo hacía. Además era austero, elitista y fabulador. Smiley tiene tales ingredientes, aunque mezclados lamentablemente de modo distinto: fabula con que tiene principios, es austero e integra una valiosa elite de amigos de la humanidad.

## Castellani y el liberalismo

Si el socialismo alberga ingredientes liberales no debería sorprender que el fascismo lo haga también. Muchos fascistas fueron personas de bien que amaban la libertad y abrazaron el fascismo porque temieron, con razón, el peligro comunista. He leído un libro interesante al respecto, del jesuita argentino Leonardo Castellani, *Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI*, en excelente y documentada edición de Juan Manuel de Prada.

De sus simpatías por el fascismo (fracasó, al menos por ahora) no caben dudas, como tampoco de su admiración por Mussolini y por el austrofascista Engelbert Dollfuss. Comparte con fascistas y socialistas la alabanza de la justicia social y el desdén por la caridad privada. Aplauda a antiliberales de vario pelaje, desde Wells hasta Brecht. Su antisemitismo es tan diáfano como su rechazo a Inglaterra (hoy sería a Estados Unidos) y al capitalismo.

Son interesantes sus reproches al liberalismo, porque por un lado ningún liberal actual se reconocería en ellos, pero por otro lado el fenómeno que denuncia es muy real: el liberalismo decimonónico cometió el error trágico de pensar que su enemigo era la Iglesia, y así acabó dándole alas al enemigo de verdad, el Estado. De ahí viene la siniestra consecuencia de la educación pública, y por eso Castellani identifica el liberalismo con la educación estatal, e incluso con el comunismo.

Pero al mismo tiempo dice: «no hay revoluciones benéficas», recela de Rousseau (al que equivocadamente considera prócer liberal), quiere suprimir el Registro Civil, y sostiene: «el monopolio de la enseñanza por parte del Estado es un pecado contra el derecho natural»; propugna terminar con los libros de texto impuestos por las autoridades y proclama sobre los crímenes colectivos: «el peor de todos es la acción deseducadora del Estado sobre los niños», porque el derecho de los padres a educar a sus hijos es «un principio de derecho natural». Afirmo que no se puede mejorar la condición de los trabajadores «amenazando su libertad o su legítima propiedad».

Hombre de vasta cultura, escribe muy bien, aunque la pretensión de Juan Manuel de Prada de catalogarlo como el Chesterton español es exagerada. Su pluma es sin duda afilada, y vierte críticas duras y generalmente atinadas sobre casi todo el mundo intelectual. Pero respeta a Borges, alguien políticamente tan opuesto a él. Eso también es ser un buen liberal.

## Brava Galiana

Amilibia entrevistó esta semana en este periódico a la popular actriz María Galiana, que dijo lo siguiente sobre la salida de la crisis económica: «difícil. Creíamos que el ahorro y la austeridad eran lo procedente y ahora nos dicen que si no consumimos, se hunde todo. No lo entiendo». Muy bien, señora, tal es la cuestión: es difícil entender el frenesí consumista, puesto que estamos donde estamos porque hemos consumido demasiado, y para salir de un pozo no resulta conveniente cavar aún más. La explicación quizá estribe en que quienes recomiendan el consumo como bálsamo de Fierabrás, son los mismos que niegan la responsabilidad de las autoridades en el exceso consumista anterior, como si la reducción artificial de los tipos de interés, que abrió la brecha entre la inversión y el ahorro que ha desembocado en la crisis, hubiese sido orquestada por monjas clarisas y no por instituciones oficiales.

Tiene razón doña María, había que haber ahorrado más antes y hay que ahorrar más ahora. Lo que sucede es que antes no ahorramos porque todos los incentivos de los gobiernos nos indujeron a consumir y a endeudarnos ilimitadamente para consumir. Y ahora ahorramos por la crisis, por el riesgo que comporta y el temor que suscita, mientras que las responsables últimas, las autoridades, dificultan otra vez el proceso porque han decidido que la austeridad que muy acertadamente evoca la señora Galiana es algo que no va con ellas.

## Arroyo torrencial

Sí, ya lo sé: un arroyo no puede ser torrencial, pero sí el pintor Eduardo Arroyo, que publica en Taurus sus memorias: *Minuta para un testamento*. Con grandes méritos artísticos que mantiene a una elegante distancia del lector, sus ideas y sentido del humor permiten augurarle una feliz marginación liberal: se opone a la derecha y a la Iglesia, pero la izquierda, de la que se declara simpatizante, recelará de él. Para Arroyo los ecologistas son «gente peligrosa y sin escrúpulos»; no comparte la admiración por Almodóvar y la tonta movida madrileña, y no traga a procastristas y probolivarianos. Sospecha de unos suecos capaces de darle el Nobel a Saramago, Cela, Fo y Grass. Le parece tan rechazable el nacionalismo que impide que expongan artistas como «el exhibicionismo de una pseudo-izquierda subvencionada y pancartista».

Concluye: «el aniquilamiento de la libre competencia conduce a un arte oficial lleno de contradicciones y dominado por la figura del funcionario embarazoso». Pone a parir a ilustres izquierdistas y despótica contra las 35 horas, la excepción cultural y la no menos pintoresca alianza de civilizaciones.

Desencantado con el mayo de 1968 (reforzó al Estado contra los ciudadanos), nos invita a rechazar el «totalitarismo blando» y a defender «hasta con los dientes nuestra vida privada creando en torno a ella sólidas trincheras, inasequibles al asalto del Leviatán administrativo; colaborar al bien común es necesario, pero no de rodillas». Le asquea el puritanismo de unos progres que recortan día a día nuestras libertades y que no nos dejan hacer testamento ni casi nada en paz: «ya sólo falta que nos digan a qué hora es obligatorio levantarnos y a qué hora acostarnos; la estulticia pseudoprogresista nos quitó el boxeo y ahora, amparada en esa

*bonne conscience* hipócrita que es su marca de fábrica, intenta quitarnos los toros». Este hombre notable que odia a Franco se revuelve contra la izquierda de los derechos y subvenciones con dos luminosos lemas liberales: «no consiento que nadie vaya contra mis intereses» y «no consiento que nadie impida a otro ganarse la vida».

## Un día comunista

Decía mi madre que el título que certifica nuestra cultura es el de bachiller, tras el cual nuestros conocimientos son más profundos pero a la vez más estrechos, y tendemos a alejarnos del abanico cultural de los más jóvenes. Begoña Gómez de la Fuente, querida amiga y compañera del alba en Onda Cero, que no ostenta pero sí posee una vasta cultura, está decidida a impedir que avance mi inopia literaria, y me presta joyas como: Alexander Solzhenitsyn, *Un día en la vida de Iván Denisovich* (Tusquets). Apuntó Vargas Llosa que el Nobel ruso es más que un eximio escritor: es un ejemplo ético. En el mundo de la cultura, marcado por una repugnante propensión a disculpar o incluso admirar el totalitarismo de izquierdas, Solzhenitsyn tuvo la valentía de denunciar que el llamado socialismo real era lo que era: el sistema más criminal que nunca haya sido perpetrado contra los pueblos de la Tierra. Ningún régimen avasalló vidas y libertades como el comunismo, que aún es saludado por tantos artistas comprometidos.

Los medios de comunicación una y otra vez nos invitan a celebrar el socialismo, al que sistemáticamente se juzga según sus mejores objetivos, con lo que siempre supera al capitalismo, sistemáticamente juzgado según sus peores resultados. Muy de vez en cuando aparece un artista comprometido con la libertad, y suele ser mirado con recelo, cuando no con desdén. Todo esto realza los méritos de Solzhenitsyn, que escribe sobre los terribles resultados del comunismo porque los padeció de primera mano. Basado en la experiencia personal del autor, *Un día en la vida de Iván Denisovich* relata una jornada en un campo de concentración, de los muchos en que se concretó el bello ideal igualitario de la izquierda, amparada por la ideología antiliberal conforme a la cual no somos individuos libres más que si nos sometemos a la comunidad, encarnada por el Estado. Por eso los presos del campo, todos ellos encerrados por no tener ideas socialistas, escuchaban a sus siniestros carceleros utilizar como consigna la fórmula del ejército soviético: «¿Al servicio de quién estamos? ¡Del pueblo trabajador!».

## Benedetti y el compromiso

Portada de *El País*: «Muere Benedetti, el poeta del compromiso». ¿Con qué estaba comprometido el afamado escritor uruguayo?

Dirá usted: con la literatura. El escritor Alber Vázquez calificó así su poesía: «pedante, odiosa, pueril, cargante, malograda, cansina y aburrevacas [...]. Benedetti es un poeta de medio pelo al que una legión de indolentes con poca o nula experiencia lectora ha encumbrado más allá de todo lo razonable». Vázquez añade que fue un fracaso como poeta hasta que se comprometió con la tiranía castrista, que lo nombró director del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas, donde, entre otras lindezas, dijo de Guillermo Cabrera Infante cuando se exilió que era «un gusano y no precisamente de seda».

Apuntó el economista y periodista José García Domínguez en *Libertad Digital*: «fue Benedetti fiel funcionario en rigurosa nómina del castrismo, siempre cómplice de la autocracia cubana, hasta el final. Disciplinado servidor, supo conducirse como un perfecto miserable cuando accedió a avalar las insidias del régimen que pretendían hacer de Heriberto Padilla un peligroso agente de la CIA». El escritor y periodista Emilio Martínez Cardona también cree que Benedetti fue un poeta menor, lo que lo distingue de otros autores que defendieron causas abyectas, como Cortázar o el también uruguayo Onetti, que fueron, igual que García Márquez, amigos de la dictadura cubana pero eximios escritores. Dice Cardona en [www.hacer.org](http://www.hacer.org): «estuvo entre los pocos intelectuales que defendieron a Fidel Castro cuando apresó al poeta Heriberto Padilla y calló vergonzosamente ante los fusilamientos ordenados por el dictador cubano en 2003». Resumió Mario Vargas Llosa: «para Benedetti, que un gobierno exilie, encarcele o mate a sus adversarios es menos grave si lo hace en nombre del socialismo».

Benedetti fue fundador y dirigente del Movimiento 26 de Marzo, cara política de los terroristas tupamaros. ¿Celebraría *El País* el compromiso de un poeta fundador de Batasuna? Posiblemente no. Benedetti escribió una novela de apoyo al terrorismo: *El cumpleaños de Juan Ángel*. Y es autor de frases escalofriantes que tampoco publicó *El País*. Dijo Benedetti, por ejemplo: «entre la literatura y la revolución la prioridad es la revolución», y «matar es un agrio deber revolucionario». ¡Caramba con el poeta del compromiso!

## Artistas contra el mercado

El lado ridículo del reciente manifiesto de 300 intelectuales y artistas sobre la crisis ha sido subrayado con acierto en *La Razón*. En efecto, la lectura del texto de los titirit€uros, como los llama nuestro genial Borja Montoro, no resiste el menor análisis. No se puede decir seriamente que la crisis se ha debido a «haber dejado actuar en plena libertad a los capitales financieros» o a una «política controlada cada vez más por los mercados, el poder al servicio de los privilegiados, el predominio de la avaricia y el afán de lucro». Las finanzas disfrutaban de una libertad aún menor que las demás actividades económicas, al estar el dinero y la banca controlados por autoridades públicas y monopólicas llamadas Bancos Centrales, es decir, cualquier cosa menos el mercado libre. Ni los impuestos, ni los gastos públicos, ni las regulaciones han disminuido en ninguna parte del planeta, y menos aún en España. Claro que hay privilegiados, pero son los representantes de la política y aquellos que medran a su socaire.

El poder político no se ha limitado ni reducido en beneficio de los ciudadanos, cuyo supuestamente nocivo y avaro afán de lucro no ha podido ejercerse, como sabe cualquiera que simplemente haya pagado impuestos en la última década, y haya observado que, al contrario de lo que predicaban estos fenómenos del arte y la cultura, el pretendido neoliberalismo estaticida se ha traducido en más intervencionismo, Estados más grandes e impuestos más elevados. Lo que ha sucedido parece haber sido justo lo contrario del inexistente neoliberalismo que el manifiesto denuncia. Por fin, el miedo a la libertad no sólo nubla el razonamiento a la hora del diagnóstico, sino también a la de la receta. El manifiesto recomienda todavía más intervencionismo y más gasto público, es decir, todavía más impuestos. Igual pensaron en hacerle un favor al Smiley que tanto quieren, porque no le echaron culpa alguna y le permitieron quedar, en comparación con ellos, como no tan hostil a la libertad.